

Traducciones

Algunos aspectos de la organización del espacio urbano

AMOS RAPOPORT

Trad. Justo G. Beramendi

El reciente interés por el estudio de las relaciones existentes entre el hombre y su entorno es debido, al menos en parte, a la necesidad de unas normas más generales, necesidad que, al propio tiempo, es consecuencia de que los problemas se planteen a una escala cada vez mayor y del creciente distanciamiento entre el proyectista y el usuario. En las sociedades primitivas, proyectista, constructor y usuario eran una misma persona o familia; en el contexto pre-industrial, proyectista y constructor eran una misma persona y compartían con el usuario unos conocimientos y un sistema de valores comunes; el proyectista tradicional trabajaba para un cliente específico, que era frecuentemente el usuario, y ambos participaban de un sistema común de valores. Hoy día, proyectista, cliente y constructor son personas distintas, y muchas veces ni siquiera son personas físicas, sino equipos o empresas; el cliente raramente es el usuario, y los sistemas de valores de los diversos participantes en el proceso son muy distintos. A consecuencia de ello ha surgido la necesidad de normas generalizadas. Una forma de obtenerlas es el estudio riguroso de las relaciones entre el hombre y su entorno.

Aunque esto constituye ya un gran paso respecto a las hipótesis arbitrarias del pasado reciente, gran parte de los trabajos que se han realizado en este sentido caen en simplificaciones excesivas. Tanto en arquitectura como en urbanismo, se ha cargado demasiado el acento en los determinantes físicos. En cambio, se ha prestado menos atención a los aspectos socioculturales, psicológicos y perceptivos, y allí donde se han tenido en cuenta ha sido para analizar casi exclusivamente las propiedades-estímulo del entorno y las respuestas más o menos inmediatas a esos estímulos. Pero se han descuidado problemas tan importantes como *por qué* la gente organiza el espacio de la forma en que lo hace, *cómo* reacciona ante lo construido, y *cómo* reacciona, a largo plazo, ante los estímulos del entorno, lo cual, a su vez, plantea la cuestión de *cómo* percibe esos estímulos. También se ha descuidado el estudio de las diferencias existentes entre los diversos grupos e individuos, en este sentido es particularmente interesante el estudio de épocas y culturas muy alejadas de nosotros, así como el estudio de los ejemplos vernáculos. Existen también otras deficiencias, que son precisamente el punto de partida de mi análisis sobre el papel fundamental, aunque no *exclusivo*, que juegan los determinantes socioculturales en la organización del espacio. Cada vez está más clara, en un buen número de disciplinas, la necesidad de estudiar la relación hombre-entorno. Para ello es conveniente relacionar los estímulos del entorno con sus manifestaciones simbólicas —las cuales están en función de la cultura y del desarrollo individual— y examinar las repercusiones de los entornos simbólicos que crean los hombres. Geógrafos como R. W. Kates y psicólogos como David Stea y René Dubos han insistido en este punto. El último, escribiendo sobre fisiología, señala que el hombre tiende a simbolizar todo lo que le ocurre y luego reacciona ante esos símbolos como si fueran estímulos del entorno. Sugiere que, en consecuencia, los efectos reales del entorno sobre el hombre guardan muy poca similitud, si es que tienen alguna, con los efectos directos que podrían esperarse de la naturaleza física de esos estímulos. El cuerpo reacciona no sólo al estímulo mismo sino a todos los símbolos asociados a las experiencias del pasado y las expectativas del futuro; símbolos, pues, que se convierten en estímulos efectivos.

Abraham Moles, en su estudio sobre las implicaciones de la percepción en la teoría de la información, aduce una razón para explicar la importancia de los símbolos en este contexto. Los símbolos se utilizan para estructurar la información que se recibe del entorno, información que de otra forma sería in-

maneable debido a la enorme riqueza de su bombardeo sensorial. Los símbolos cumplen esta misión incrementando la redundancia o predecibilidad, aumentando el número de conexiones entre elementos o grupos de elementos, y reduciendo mediante secciones el número de estos elementos. La selección entraña *elección*, y de ahí los juicios de valor que están basados en *imágenes* y *esquemas*. Suzanne Langer ha señalado también la importancia de los símbolos a la hora de dar un significado a los diversos aspectos del entorno.

Los recientes estudios ergonómicos (por ejemplo, los de Chapanis) y los trabajos sobre temperatura, luz, sonido, color y otras variables físicas relativamente «simples» han puesto de manifiesto la complejidad de la relación hombre-entorno y han demostrado la brecha existente entre los estímulos físicos y las respuestas subjetivas a los mismos. Una de las razones de esta fisura en que el entorno no es algo «externo» que actúe sobre el hombre «desde fuera», sino que entorno y hombre forman un complejo, un sistema interdependiente que incluye la percepción del entorno por parte del hombre. Cada vez está más claro que la relación entre el hombre y su entorno físico es compleja, multifacética y multilateral; que es muy difícil, y de resultados inciertos, relacionar una sola variable o estímulo con su respuesta específica. La brecha existente entre las disciplinas que se ocupan del diseño y las ciencias que estudian el comportamiento y el entorno, se debe, al menos en parte, a la ausencia de un análisis profundo de los símbolos, es decir, a que se han descuidado éstos en beneficio de las propiedades-estímulo del entorno.

El resultado es que no podemos considerar la relación hombre-entorno según el esquema estímulo simple-respuesta, puesto que el hombre sigue dando significados simbólicos a su entorno. Y estos significados influyen en la organización del espacio y en la forma en que el hombre reacciona ante ella. Las imágenes que un organismo tiene de sí mismo y del universo ejercen una influencia decisiva sobre el comportamiento; la relación entre el estímulo y la respuesta está mediada por la representación del entorno —organizada en símbolos y esquemas—, como lo han demostrado Miller, Galanter y Pribram en *Plans and the Structure of Behavior* (La planificación y la estructura del comportamiento). Gombrich, en *Art and Illusion*, señala los efectos que tienen los esquemas sobre la percepción de la realidad, como lo prueban los dibujos y representaciones de los mismos edificios y paisajes en diferentes épocas. Y así, el concepto «castillo», o «catedral», lleva asociadas imágenes específicas que influyen en la forma en que son vistos en cada período. En Inglaterra, Terence Lee ha demostrado la influencia de los esquemas socio-culturales en la significación del «barrio» urbano. En este sentido son interesantes algunos pasajes de los libros de Blake y Nairn sobre el paisaje norteamericano, que prueban la diferencia existente entre las aproximaciones visuales y no visuales del paisaje. Un entorno dado puede considerarse como bueno o como malo, según el punto de vista del individuo en cuestión, según se busquen en él las calidades visuales o la productividad económica.

Esta es una de las razones por las que las formas construidas y la organización del espacio no tienen a veces efectos inmediatos sobre el comportamiento exterior. Su influencia puede ejercerse indirectamente, cambiando sus imágenes mediante una serie de estados de ánimo o sentimientos, provocando reacciones irritadas, ilógicas, inconscientes o subconscientes. Dado que la imagen se resiste siempre a cambiar, pueden transcurrir considerables lapsos de tiempo entre el estímulo y la respuesta. Los cambios en las imágenes, resultantes de nuevas interpretaciones simbólicas, pueden dar lugar a varia-

ciones imprevistas del comportamiento; de ahí que estas variaciones pasen a veces inadvertidas. Por tanto, es necesario estudiar las imágenes, esquemas y símbolos que influyen en las formas de organización del espacio. Desde hace tiempo se acepta que estos factores afectan al diseño de ciertos tipos de edificios. Por ejemplo, la iglesia del Renacimiento es un reflejo del universo neoplatónico; la iglesia bizantina, del icono; la catedral gótica, de la filosofía escolástica; la mezquita, del paraíso musulmán, y así sucesivamente. Pero conviene resaltar que esto mismo es aplicable a todas las clases y a todas las escalas de organización del espacio y a las distintas formas arquitectónicas. Yo diría que el diseño del entorno físico se comprende mejor considerándolo como organización del espacio, y que esta organización constituye un todo continuo en sus diferentes niveles: desde la región al edificio y la habitación pasando por la ciudad. Puesto que la organización del espacio es un acto de cierta importancia, es necesario saber por qué la gente organiza el espacio y, a partir de aquí, lo que hay que hacer para organizar el espacio en cualquier situación dada y a cualquier escala establecida. En mi opinión, los esquemas socio-culturales son los principales determinantes de la forma arquitectónica y de la organización del espacio; por ello creo necesario estudiarlos en profundidad, ya que afectan a las imágenes y a los símbolos que mediatizan las percepciones del entorno y las reacciones al mismo. Muchos antropólogos, y los geógrafos culturales franceses, han señalado que cada cultura realiza una selección de las oportunidades que se abren ante ella, de la misma forma que cada individuo realiza una selección similar de las posibilidades que le ofrece su cultura. De hecho, se puede afirmar que la cultura influye incluso en los factores físicos, de forma parecida a la que ya hemos visto para los estímulos fisiológicos o de otro tipo.

La razón de que las imágenes y los símbolos puedan actuar con tal fuerza está en que la arquitectura y el diseño urbano son actividades de baja «criticidad», en lo que a sus limitaciones físicas se refiere. Una comparación ayudará a comprender mejor este concepto. Una autopista tiene una «criticidad» más alta que un camino de peatones, pues éste puede adoptar muchas más configuraciones, es decir, tiene más grados de libertad. Un aeroplano de los años veinte tenía más grados de libertad, y, por tanto, podía adoptar mayor número de formas distintas, que un «jet» de nuestros días, y a su vez, un proyectil o un cohete interplanetario tienen una «criticidad» más alta que un «jet». Y esto incluso en el caso de que existan un cierto número de configuraciones igualmente válidas. En diseño tendemos siempre a suponer que la «criticidad» física y, por tanto, la necesidad de un ajuste riguroso, es mayor de lo que realmente es y, en cambio, que la «criticidad» simbólica o perceptiva es menor de lo que realmente es.

Como ya hemos visto al tratar de los esquemas, la cultura influye sobre la percepción del espacio y de los objetos, aunque existen pruebas también de una cierta constancia perceptiva, y ambas juegan probablemente un papel apreciable. Segall y otros han aportado datos experimentales y otras evidencias que demuestran la influencia de la cultura sobre la percepción. Whorf probó que la cultura estructura el universo y la percepción de edificios y espacios; Hall, de Lauwe y otros han expuesto las formas en que la cultura afecta a los tipos de estructuración y organización del espacio. Un buen ejemplo, que pone también de manifiesto la utilidad de las comparaciones interculturales, son los tipos de organización del espacio utilizados en las ciudades occidentales y japonesas. En la tradición occidental, el espacio urbano se organiza alrededor de la calle. Esto es tan típico, que Colin Cherry, en su obra *On*

Human Communications, lo utiliza para explicar cómo busca una persona a otra: primero se localiza el país, luego la ciudad, la calle, el número y así, sucesivamente. En el Japón, el sistema es muy distinto, y el espacio se organiza en una serie de áreas de tamaño decreciente, dentro de las más pequeñas, las casas se numeran según el orden cronológico en que se construyeron, y no según su localización en el espacio. Naturalmente, el proceso de búsqueda es muy distinto. A pesar de que el sistema de organización por calles fue importado muy pronto al Japón (procedente de China) y se utilizó en Kyoto, no tuvo éxito ni entonces ni después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los norteamericanos intentaron bautizar y numerar al menos unas cuantas calles. Y no tuvo éxito porque no se adaptaba a la forma en que estaba conceptualmente estructurado el espacio.

Sonnenfeld y otros autores han analizado otro aspecto del impacto de las culturas y de los símbolos sobre la percepción y elección del entorno. Sonnenfeld sugiere que un paisaje (y un edificio o un paisaje urbano, añadiría yo) puede tener un cierto número de significados, tanto positivos como negativos. Estos significados son:

SIGNIFICADO CONCRETO (los objetos reales).

SIGNIFICADO DE USO (el uso que se puede hacer de ellos).

SIGNIFICADO EMOCIONAL O DE VALOR (sublime, agradable, feo, deprimente).

SIGNIFICADO SIMBÓLICO (con respecto a la ciudad, sirve de ejemplo el proverbio medieval alemán: «El aire de la ciudad crea hombres libres»).

De lo expuesto hasta ahora se desprende que la cultura, y sus símbolos e imágenes, influyen sobre todos esos significados y que esa influencia es particularmente clara en los dos últimos. Aunque se ha supuesto normalmente que los dos primeros afectan sobre todo a la elección del entorno, Sonnenfeld llega a la conclusión de que la cultura es el determinante fundamental de las preferencias espaciales y de paisaje. Estas elecciones basadas en las interpretaciones simbólicas del entorno, conducen a la búsqueda de un entorno ideal. Si el entorno se simboliza entonces la organización del espacio puede considerarse como la realización visible de ciertos entornos ideales. Esta realización visible es la del *Ethnic Domain*, de Suzanne Langer o la de *Imago Mundi*, de Mircea Eliade. En este proceso los aspectos socio-culturales se convierten en dominantes, mientras que el clima, la tecnología, la topografía, la economía o las comunicaciones pasan a ser factores secundarios o moderadores.

A lo largo de la historia nos encontramos con culturas que buscan llanuras o montañas, lagos o ríos que representan para ellas el tipo de entorno ideal. En cambio, ciertos tipos de emplazamiento no se utilizan nunca. A veces, una misma cultura, por ejemplo la civilización musulmana, considera deseables zonas costeras en una época y zonas interiores en otra. Incluso en los Estados Unidos de hoy —como han demostrado varios geógrafos y como describe David Stea en el número de *Landscape* del otoño de 1967—, la elección del entorno, que da lugar a migraciones internas, se basa más en valores simbólicos o ideales que en consideraciones racionales o «reales». Stea establece el concepto de «paisaje invisible», esquema perceptivo y conceptual que ayuda a explicar muchas preferencias ambientales del hombre. La religión fue en el pasado el vehículo fundamental para la expresión de ese entorno ideal. La geografía de las religiones proporciona muchos ejemplos del modo en que el paisaje ha reflejado imágenes cósmicas idea-

les. En el caso del pueblo Dogon, del Sudán Occidental, las aldeas y otras características del paisaje se disponen de forma que reflejen el orden cósmico. Eliade, Deffontaines y otros aportan muchos ejemplos de numerosas culturas y períodos. En un contexto más arquitectónico, existe una relación clara entre el paisaje griego y el carácter de sus dioses (analizado por Scully, y en mi obra sobre las formas de la casa en diversas culturas). En el caso del jardín chino se aprecia claramente el impacto sobre el paisaje de las concepciones confucianas y taoístas del mundo. La influencia de las imágenes y los símbolos sobre las formas urbanas serán el tema de la sección siguiente.

Algunos geógrafos de las religiones —por ejemplo, Erich Isaac— afirman que, aunque este modo simbólico de percepción y estructuración del espacio haya sido el dominante en el pasado, actualmente ha sido remplazado por un modo «abstracto». Pero el análisis que hace a continuación deja muy claro que existe también una ideología y unas características de un pueblo *ethos* bajo este nuevo modo en que se manifiesta el paisaje moderno, es decir, que sigue existiendo un cierto tipo de actitud simbólica. De hecho, se puede afirmar que la visión moderna de la tierra como algo destinado a ser explotado en beneficio material del hombre, es tan imagen como podía ser la visión religiosa del hombre guardián o cuidador de la tierra. En otros casos, símbolos como la salud, el esparcimiento, las vistas, el «humanismo» y similares se convierten en nuevos ideales y sirven como principios organizativos de la ordenación espacial. Esto parece sugerir la existencia universal de valores relacionados con las concepciones ideales del espacio —con la ordenación de los paisajes y la organización del espacio—, valores que, sin embargo, adoptan diferentes expresiones. No hay ninguna forma urbana, ningún paisaje, que se haya aceptado siempre como ideal, y esto es precisamente lo que uno esperaría si tales elecciones se realizaran sobre la base de valores culturales expresados a través de los símbolos y los estilos de vida.

Los símbolos, las imágenes y la organización del espacio urbano

Para demostrar la primacía de los factores socio-culturales y la función mediadora de imágenes y símbolos a distintos niveles, expondré varios ejemplos de su influencia sobre el paisaje y los asentamientos pre-urbanos antes de pasar al estudio de la ciudad. J. B. Jackson ha demostrado bien la división de Sudamérica en dos zonas de influencia —portuguesa y española— creadas mediante un acto político arbitrario, y los diferentes ideales que subyacen en los asentamientos de Nueva Inglaterra y Virginia. Su análisis de los paisajes, totalmente distintos, que existen a ambos lados de la frontera Méjico-Estados Unidos, en una zona de clima y topografía similares, es también muy convincente y lo mismo puede decirse de su estudio sobre los cambios producidos en el paisaje norteamericano como consecuencia de las variaciones en imágenes y actitudes. Análisis igualmente convincentes se han hecho en zonas en las que existen percepciones muy diferentes del paisaje. Por ejemplo, la aparición del movimiento romántico hizo que las montañas se vieran únicamente como algo excitante y, por tanto, deseable. Estas percepciones cambiantes han conducido a localizaciones de ciudades y edificios de muy distinto tipo según las áreas y culturas. Un ejemplo de ello es la tradición portuguesa de situar las ciudades en las cimas de las colinas, y la preferencia española por las mesetas. En Inglaterra, Hugh Prince ha estudiado el impacto sobre el paisaje de la afición por las antigüedades, mientras que otros han señalado cómo las diferentes actitudes hacia la ciudad y las zonas rurales ha influido sobre las caracte-

rísticas generales del entorno en Francia e Inglaterra.

La mayoría de los asentamientos pre-urbanos muestran el impacto de una ordenación ideal del espacio. Por lo general reflejan una concepción cósmica, como ocurre con el estricto simbolismo solar de las aldeas Solskift del Báltico (o bien con la clara relación entre la cosmogonía y los asentamientos de los indios Pueblo y Maya). Levi-Strauss describe la aldea Bororó y su estrecha relación con la imagen del Universo, así como con la vida de las gentes, relación que los misioneros comprendieron rápidamente. Al destruir la forma de la aldea, destruyeron también las bases de la cultura Bororó e hicieron mucho más fácil la conversión. Eliade sugiere que la única base de la organización del espacio entre los pueblos primitivos fue la delimitación entre el espacio sagrado y la vasta e indiferenciada extensión del espacio profano; únicamente este acto puede hacer que un espacio sea habitable.

En muchos estudios recientes sobre los orígenes de las ciudades se insiste en la primacía de las fuerzas religiosas sobre las económicas y defensivas. Hay pruebas que sugieren que las murallas de las ciudades fueron concebidas como delimitación religiosa antes de utilizarlas para la defensa (éste es un aspecto de la tesis de Lewis Mumford, según la cual el hombre fue un animal fabricante de símbolos antes de ser un animal fabricante de herramientas, tesis que parece apoyada por muchas pruebas). Cualquier ciudad de la era pre-industrial puede considerarse reflejo de un orden cósmico (*Imago Mundi*). Este es el caso de la ciudad india, cuya forma está prescrita en los textos sagrados, y de las ciudades romanas, cretenses, mayas, etc. La ciudad china refleja ideas cosmológicas, y el sistema de Feng Shuei no sólo relaciona la forma del asentamiento con esas ideas, sino que incluso intenta utilizarlo para captar las fuerzas mágicas contenidas en el Universo.

El hecho de que, desde Platón hasta nuestros días pasando por Botero y los utópicos, se haya discutido sobre la ciudad ideal y se haya utilizado a la ciudad como vehículo de expresión de símbolos sugiere que ésta es algo más que una amplia unidad económica o política. Al menos, los pueblos piensan o *sienten* que es así. El trasplante de formas urbanas por las potencias coloniales —Saigón, Yakarta (Batavia), las ciudades musulmanas de Yugoslavia, etc.—, es sólo un ejemplo. Otro ejemplo, y muy claro, se obtiene comparando las formas de las zonas francesa y árabe de Fez y Marraquex, o de las zonas inglesa e india de las ciudades indias, como Nueva y Vieja Delhi. Está claro que estas diferencias no se deben al clima o al lugar, y difícilmente pueden achacarse sólo a diferencias tecnológicas.

Las ciudades españolas trasplantadas a Méjico son otro ejemplo, estudiado por Stanislawski. Estas ciudades tienen una estructuración completamente distinta de la de las ciudades indias de la misma zona. Los solares preferidos son los situados alrededor de la plaza destinada a actividades «nobles». Esta preferencia disminuye gradualmente a medida que se avanza hacia el exterior. En cambio, las ciudades indias no tienen esa estructura. En la misma España, las ciudades musulmanas reflejan una filosofía de la vida distinta —y, por tanto, un concepto distinto de la organización del espacio— a la de las ciudades cristianas. En la ciudad musulmana, la religión es la razón fundamental de la organización social. El hogar está aislado del mercado y de la mezquita. La casa mira hacia dentro y casi invierte por completo la relación casa-calle propia de las ciudades cristianas (y de las europeas occidentales), según la cual la calle llega primero y las casas han de amoldarse a la extrovertida ciudad occidental, la ciudad musulmana es introvertida y con una clara separación de dominios. Esta relación estrecha entre la ciudad y algún

ideal implícito hace posible también averiguar, muchas veces al primer vistazo, dónde está situado un lugar. Existen rasgos que nos dicen casi instantáneamente que un lugar está aquí y no allá. Y es que todo parece indicar que hay una relación entre carácter nacional y forma urbana: las distintas culturas organizan, estructuran y utilizan el espacio de forma también distinta. La densa y compacta ciudad de la antigua Creta no puede atribuirse a necesidades defensivas o a otros factores materiales, sino a la tendencia gregaria que aún se aprecia en la Grecia actual y que contrasta mucho con la actitud inglesa. Esta imagen de cómo se debe vivir en la ciudad y cómo debe utilizarse ejerce una influencia diferenciadora en los modelos de asentamiento de muchas zonas de clima, topografía, peligro militar y nivel económico similares. La elección entre las diversas formas posibles depende del estilo de vida y de las imágenes.

Una consecuencia de esto, a la que ya me he referido, es la necesidad de estudiar diferentes culturas antes de generalizar. Necesitamos estudiar más de un período de tiempo y más de una forma de hacer las cosas: contemplar la historia y comparar las distintas culturas. Esto nos demostrará que muchos aspectos que nosotros consideramos inmutables y básicos varían en realidad de una cultura a otra, según sea el sistema de valores de cada cual. Al tener en cuenta las sociedades pre-industriales, introducimos variaciones más amplias que las que se presentan en la comparación de las diversas sociedades industriales, y lo mismo puede decirse respecto al estudio de ejemplos no occidentales. Uno de los axiomas de la sociología urbana ha sido que las ciudades fueron centros de fermento intelectual y asiento de radicalismos. Pero en China, como ha demostrado Murphey, la ciudad jugó un papel completamente distinto; no gozaba de independencia política; en lugar de ser el centro donde se fraguaban los cambios y las actitudes radicales, la ciudad china actuó a la inversa: fue el centro administrativo que ahogaba los radicalismos del campo. Y así, a pesar de la similitud de sus funciones económicas, las ciudades jugaron papeles completamente distintos en Europa Occidental y en China, por lo que cualquier generalización basada en ejemplos de la Europa Occidental —que es lo que suele ocurrirles a casi todas las generalizaciones— es aplicable exclusivamente a la Europa Occidental, y no a la ciudad en cuanto institución universal.

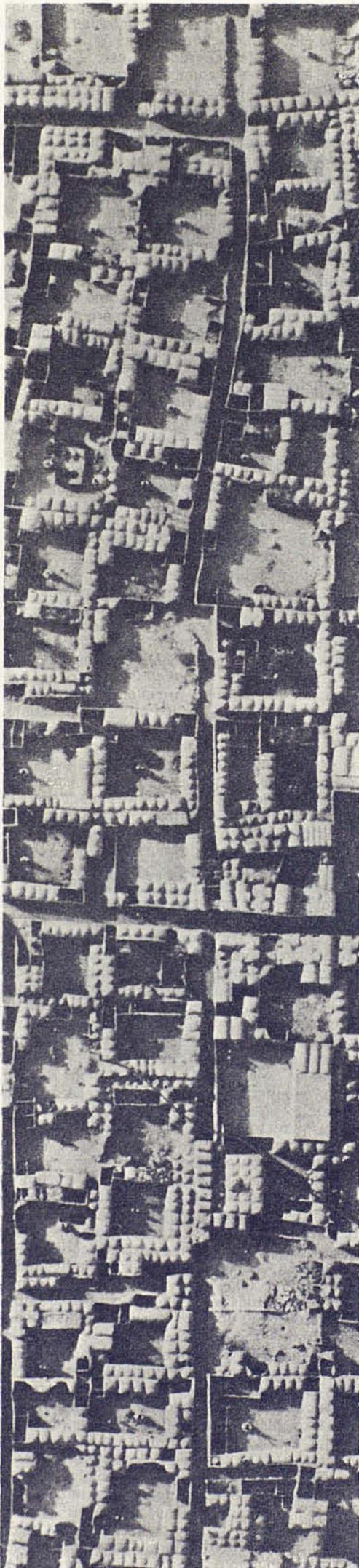
El orgullo cívico, tan típico de la ciudad occidental y que ha tenido repercusiones espaciales tan notables, no existe en la ciudad japonesa tradicional. Meyerson ha estudiado la distinción entre el dominio de lo público y de lo privado en la ciudad japonesa. Esta distinción afecta no sólo al comportamiento —que es muy comedido y cortés en privado, pero grosero y falto de control en público—, sino también al diseño. Existe un gran contraste entre el carácter caótico y descuidado del espacio público y los espacios privados, soberbiamente diseñados y cuidados: «La belleza privada está cercada por la suciedad pública». La estructura espacial de la ciudad japonesa refleja también esta división; tradicionalmente, estas ciudades no tienen espacios públicos equivalentes a las plazas, avenidas o parques de las ciudades occidentales, y esto ha llevado a la utilización como espacios públicos de zonas comerciales o de recreo, lo cual constituye una de las características más notables de la ciudad japonesa.

La jerarquización urbana ofrece un claro ejemplo de las diferentes imágenes que existen de la ciudad. Cierto número de autores norteamericanos han señalado el hecho de que ciudades como Los Ángeles, Houston y Phoenix tienen una estructura y una jerarquización, aunque éstas sean de naturaleza nueva y poco corriente. Si éste es realmente

el caso o no, es una cuestión de menos interés para mis propósitos actuales que el hecho de que muchos autores europeos no se muestren de acuerdo con esa afirmación. Estos autores se asombran precisamente de la falta de cualquier jerarquización comprensible y, por tanto, de la ausencia de estructura urbana. No aceptan esos conglomerados como ciudades porque, en su opinión, carecen de una jerarquización de tipo tradicional que confirme la imagen de lo que la ciudad debería ser. Las jerarquías tradicionales están claras y el pueblo puede expresarlas (como han puesto de manifiesto los estudios de De Lauwe) por cualquiera de sus elementos: Ayuntamiento, Palacio Real, Plaza, Santuario, Catedral, Ópera, Mercado, etc. Tanto la forma de la jerarquización como el mismo orden jerárquico están claros para todos. Es interesante señalar que en las nuevas ciudades de la Alemania nazi había un claro reflejo de la jerarquización existente a nivel nacional, reflejo que además se explicitaba en el diseño. Los principales edificios del partido se situaban en el vértice de un cono visual que expresaba el control absoluto del Jefe. Esta estructura no era muy diferente de la de Pekín u otras muchas ciudades.

El trabajo de Glowczewske y su equipo en Asuan ofrece un ejemplo instructivo de la escala de valores que suele ir aneja a ciertos hechos e imágenes. Una vez acabado el proyecto, intervino la imagen que tenía el gobernador sobre lo que debía ser la ciudad. Esta imagen daba mucha importancia a una gran avenida paralela a la orilla del agua, del tipo tan corriente en las grandes ciudades mediterráneas: Alejandria, Niza, Cannes, etc. Los dirigentes identificaban su ciudad con esta muestra de *grandeur*, para ellos tan esencial que al final prevaleció sobre otros objetivos previstos por los proyectistas como, por ejemplo, accesos fáciles al río con fines recreativos y exclusión del tráfico. Este caso muestra también un conflicto entre la escala de valores de los proyectistas —acceso al río y tránsito racional— y la de los responsables de las decisiones políticas, reflejo, a su vez, de la del público. Pero éste es sólo un aspecto de un conflicto más general, el que existe entre proyectistas y arquitectos, de un lado, y el público de otro, conflicto que no es posible analizar con detalle en este artículo. Muchos rasgos de la ciudad, aunque criticados por proyectistas y diseñadores, conservan su valor para el público, casi siempre a causa de su significado simbólico. Esto resalta con claridad al comparar la prensa popular con la especializada. Nos encontramos en él con problemas y preocupaciones totalmente distintos; son dos universos diferentes por completo, con razonamientos y lenguajes también diferentes. Muchas veces los proyectistas planean más para otros proyectistas que para el público; al igual que los arquitectos, trabajan con la vista puesta en sus compañeros de profesión. Por ello se puede considerar que proyectistas y arquitectos forman subculturas cuyos miembros tienen características e ideologías muy especiales. En Francia, por ejemplo, existe un problema con los proyectistas, que presionan para que se edifiquen edificios «comunales» y también hablan de destruir el individualismo y crear una nueva «personalidad comunal», en un país de individualismo extremo y cariño casi místico por los valores de la casa pequeña.

Al mismo tiempo cambian rápidamente los valores, objetivos e ideología de los mismos proyectistas. A juzgar por el *AIP Journal*, los proyectistas han pasado de preocuparse mucho por las características físicas del proyecto —actitud típica de hace quince años—, a buscar un modelo de edificio muy abstracto. Esto nos lleva a la necesidad de considerar las imágenes de los proyectistas y los efectos de esas imágenes sobre su obra. La mayoría de los proyectos que se han hecho en el mundo de habla inglesa durante los últimos cincuenta años pueden comprender-



se, en parte, como expresión de un prejuicio antiurbano, de un firme convencimiento de los malignos efectos de la ciudad y de un deseo de destruirla. Algunas características físicas se identifican con la ciudad, se convierten en símbolos de la ciudad y son progresivamente eliminadas. En mi opinión, la expresión espacial del diseño urbano contemporáneo, y de la ciudad moderna como un todo, pueden comprenderse mejor en términos de imágenes nuevas que en términos de necesidades del tráfico, aparcamiento, iluminación y similares. David Crane ha hablado del prejuicio estético en favor de la libre localización de los edificios. Pero esto es sólo un aspecto de la destrucción de la calle y de los espacios cerrados por edificios, destrucción que es esencialmente antiurbana (los espacios cerrados son símbolos urbanos, mientras que la hierba, los árboles y los derroches de espacio abierto son todo lo contrario). Esto indica también un deseo de contar con edificios que puedan contemplarse como esculturas aisladas, que puedan ser admirados y *fotografiados* sin obstáculos desde todos los ángulos.

Un examen de los valores y las imágenes de proyectistas pertenecientes a diferentes culturas muestran también notables diferencias. Es instructivo comparar la ciudad tal como la ven los proyectistas norteamericanos con la visión que los proyectistas franceses tienen de la misma. Los primeros, representados por Melvin Webber y Richard Meier, ven la ciudad como un sistema de transferencia de informaciones, liberado de las necesidades de espacio y casi libre de la necesidad de forma física. Son abstracciones en las que apenas si queda lugar para lo irracional, lo emocional, o esas constantes humanas que expresan los símbolos, como el elemento «erótico» de la ciudad (por emplear el término de Von Eckhardt), el placer, el orgullo, la excitación, etc. Es, además, una negativa a tener en cuenta los aspectos visuales de la ciudad (en el siglo pasado se produjo un alejamiento parecido de estas preocupaciones visuales). El número 93 de *Urbanisme* (1966), que podemos considerar típico de otros muchos trabajos, muestra la actitud francesa. Este número, dedicado a sociología urbana, parte de la premisa de que la ciudad tiene su origen en un lugar simbólico —sea este símbolo iglesia, templo, ágora, foro o gran plaza— y que, por tanto, el habitante de la ciudad vive en un mundo que «le habla». Se analiza a fondo este simbolismo, los sentimientos de los habitantes y la necesidad de que una ciudad exprese una civilización en términos físicos, de que sea «teatro irremplazable de la vida». Ni las limitaciones económicas ni las necesidades derivadas del tráfico deben interferir estas otras funciones. Las compras se analizan, no en término de «eficacia» (cualquiera que ésta sea), sino como una ocasión social y una experiencia emocional. El tráfico, y otros problemas de índole similar, se tratan de modo parecido. La forma urbana es considerada algo extremadamente importante, y se la ve como la «proyección de una sociedad sobre el terreno». El que estas opiniones se hayan materializado o no, el que encuentren o no su expresión en planes en curso, parece menos importante que el hecho de que exista un modo completamente distinto de concebir la ciudad y de encararse con los problemas que plantea. Algún día estas actitudes se reflejarán en proyectos concretos, pues si se conciben ciudades distintas, distintas ciudades se construirán.

Como ejemplo de las imágenes radicalmente distintas que existen de la ciudad dentro de la misma Francia, imágenes que producen visiones de la ciudad absolutamente diferentes y que, por tanto, se plasmarán inevitablemente en diseños también diferentes, es instructivo comparar a dos autores como Michel Ragon y P. H. Chombart de Lauwe. Ragon se preocupa ante todo por la tecnología, los materiales y las formas, pero nunca por

las personas, por su cultura o sus deseos. Su aproximación es extremadamente abstracta, y se caracteriza por un énfasis romántico puesto en las máquinas, cohetes y computadores, romanticismo no muy distinto del de los futuristas o de algunos fundadores del moderno movimiento arquitectónico. Haciendo de la técnica su utopía, Ragon resume todas las tendencias espaciales posibles de la ciudad futura como si fueran abstracciones glaciales o naturalistas, representativas ambas de ideales muy abstractos y de imágenes nada humanas. De Lauwe, en cambio, se interesa por los aspectos socio-culturales de la ciudad. En lugar de analizar la «inmaterialidad» y el espacio abstracto, como hace Ragon, ve la ciudad como una serie de dominios espaciales que se solapan a causa de las percepciones del pueblo. Estos dominios comprenden espacios sociales, espacios biológicos, espacios antropológicos, espacios tiempo, espacios topográficos, espacios económicos, espacios geográficos totales, y espacios culturales. Insiste en la utilización humana, en la heterogeneidad, en el papel social de los diversos componentes físicos de la ciudad, en la relación entre el estilo de vida y ciertos rasgos físicos, como el comercio y los transportes. Asocia la cualidad visual de la ciudad como la forma en que el pueblo la usa y la percibe, concediendo mucha importancia a un diseño de la ciudad que tenga muy en cuenta el sistema de valores de sus habitantes, tal como se expresa a través de los símbolos. Incluso sin necesidad de estudiar con detalle estos dos puntos de vista, se aprecia claramente la diferencia de perspectiva, diferencia crucial, y el significado de la misma.

Todo lo que acabo de decir sobre las imágenes de los proyectistas pretende demostrar que, aunque los aspectos cosmológicos, religiosos y mágicos hayan desaparecido de la organización del espacio urbano, así como de la organización del entorno en general, el impacto de los valores, imágenes y símbolos asociados a los diversos aspectos del entorno sigue siendo muy importante. La movilidad, las actividades recreativas, la inmaterialidad o cualquier otra cosa pueden convertirse en un nuevo valor. Aparecen nuevas mitologías en sustitución de las antiguas, pero la esencia del simbolismo permanece. Incluso en el contexto de la Norteamérica actual, siguen actuando con vigor muchas imágenes y símbolos. En este sentido es interesante resaltar la importancia de la casa individual como símbolo, dejando a un lado su indudable vertiente útil. Steinbeck ha descrito perfectamente cómo el concepto de hogar sigue siendo capaz de llenar de lágrimas los ojos norteamericanos, y afirma que los constructores edifican hogares, no casas. El hogar soñado se concibe como una casa aislada, rodeada de hierba y de árboles, bien en el campo o en una zona suburbial, y que es *de propiedad*. A pesar de que la gente raras veces permanece en ellas muchos años, esas casas representan una necesidad más simbólica que «real». Un estudio francés ha confirmado el aspecto simbólico de la casa pequeña y las razones de su persistencia. Está claro que el carácter de propietario puede explicarse como parte de una exigencia territorial. La territorialidad misma, el aspecto constante, toma diferentes expresiones culturales. Un ejemplo claro es la ausencia o presencia de verjas (comparando los Estados Unidos con Inglaterra, por ejemplo) y otros procedimientos similares que constituyen diferentes formas de definir el territorio y las fronteras de lo privado.

En cambio, otras culturas ven el «hogar» de forma diferente. Un estudio sobre Viena muestra que un piso en el centro de la ciudad es mucho más caro que una casa individual, lo cual confirma que las formas parecen reflejar conceptos ideales, al igual que el modo de disponer los alojamientos, es decir, la forma en que se organiza el espacio urbano. Consideremos, por ejemplo, el aspec-

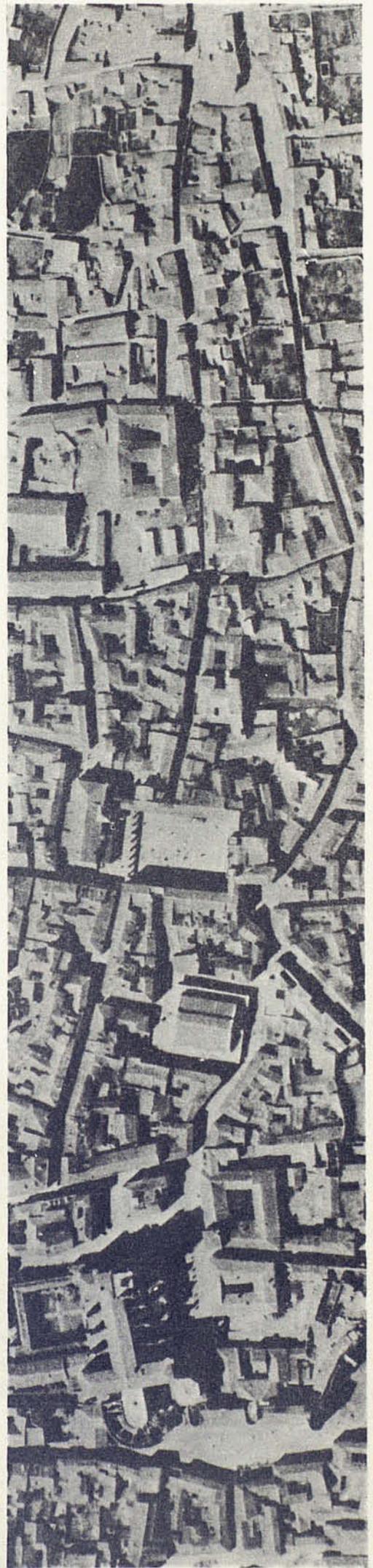
to *densidad*. En los proyectos anglosajones, la densidad se ha utilizado mucho en un sentido negativo, aunque la palabra en sí misma no tenga connotaciones negativas. En Francia, los proyectistas han considerado las densidades altas como un valor positivo, mientras que en la literatura inglesa la densidad aparece como un mal, implícitamente al menos. Esto nos indica que los niveles de densidad pueden considerarse como un valor cultural, con total independencia de los méritos o deméritos de densidades dadas y de cualquier consideración sobre sus consecuencias. La destrucción de la ciudad ha sido durante mucho tiempo un objetivo dominante, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos, objetivo que indudablemente ha afectado a la naturaleza y las densidades de los proyectos. Esto forma parte del prejuicio antiurbano más general del que ya he hablado, y del proceso de destrucción de todos los símbolos de la ciudad, de los cuales la densidad ha sido siempre uno de los más visibles. Las bajas densidades se toman, en libro tras libro, como sinónimo de meta deseable, y se utilizan como piedra angular de la amenidad y habitabilidad de un medio. Tal es el caso, por ejemplo, de los manuales de la Public Health Association. Se establecen niveles de densidad absoluta como si fueran autoevidentes por razones humanas, cuando lo cierto es que varían mucho de una cultura a otra. Hall y otros escritores han señalado que las exigencias de densidad varían con el grado de complicación sensorial. Se pueden dar ejemplos de muchas culturas para demostrar que las densidades aceptables, e incluso deseables, están siempre definidas culturalmente y asociadas a imágenes y objetivos, a la firma en que se utiliza la ciudad. Una de las diferencias más importantes parece estar en si la ciudad se ve como parte integrante de un espacio vital total, o si, por el contrario, es la casa la que se considera como asiento exclusivo de la vida. Esta diferencia básica queda patente al comparar, por ejemplo, las ciudades norteamericanas con las italianas, es muy clara para cualquier visitante y constituye seguramente el factor fundamental en la conformación del carácter de ambos tipos de ciudad. Victor Gruen cita a un inmigrante italiano, quien, cuando le preguntaron que si le gustaba Boston, respondió que sí, que allí disfrutaba de más comodidades en el hogar (cocina, baño y similares). Pero añadió que en Italia, cuando salía de su alojamiento, bastante menos confortable, tenía toda la ciudad para vivir en ella, para reunirse con otras personas, sentarse, charlar, beber y divertirse, mientras que en Boston, a pesar de que podía bañarse y vestirse con mucha más comodidad y rapidez, no tenía ningún sitio a donde ir. Le gustaría tener ambas cosas. Puesto que una ciudad de ese tipo gregario sólo puede existir a un cierto nivel de densidad, el deseo de obtenerla tiene que afectar necesariamente a la organización del espacio urbano.

Existen otros aspectos de la ciudad norteamericana en los que asimismo puede apreciarse las repercusiones de los símbolos e imágenes. El éxito de realizaciones como Rossmoor puede asociarse al simbolismo de su carácter amurallado y sus defensas que constntuyen la diferencia fundamental respecto a otras obras. Existen, al menos, tantos factores simbólicos y de *status* como de seguridad real. La gente responde positivamente ante el símbolo de la seguridad y del prestigio (como señala *Progressive Architecture* al describir estas realizaciones). Toda la vertiente de prestigio («el lado erróneo del camino») se convierte en un factor importante en la organización del espacio urbano de la ciudad norteamericana, como también de muchas otras, y está asociado al «paisaje invisible». De hecho, toda la forma de la ciudad norteamericana, cada uno de los aspectos que le dan su carácter, puede entenderse en términos simbólicos y culturales de naturaleza similar. Los edificios elevados

del centro fueron debidos tanto, si no más, a una necesidad de manifestar los logros, de expresar los valores norteamericanos de grandeza, potencia y éxito, como a una necesidad económica. El caos de las aceras no es sino una manifestación del concepto de libertad individual, de iniciativa, del derecho a contender con otras fuerzas para forjar un resultado, y está relacionado también con la división entre los dominios privado y público. Galbraith y Víctor Gruen han comentado, por diferentes caminos, el alto nivel del entorno individual y el bajo nivel del entorno público en los Estados Unidos, una situación que recuerda en cierto modo la de la ciudad japonesa, de la que ya he hablado antes. Las autopistas y los coches se deben tanto a una cuestión de valores simbólicos como a la movilidad real que proporcionan. El Boston Redevelopment Study llegó a la conclusión de que las personas que van en coche al centro de la ciudad tienen que recorrer distancias mucho más largas que si lo hicieran a pie desde las terminales o el Metro. Esto demuestra que la utilización del coche se basa, más que en una conveniencia real, en la satisfacción de contar con un medio de transporte propio que le lleve a uno de «puerta a puerta». Al fin y al cabo las distancias recorridas en los centros comerciales son grandes y, sin embargo, se consideran también «de puerta a puerta». Las dificultades que presenta la planificación en la ciudad norteamericana están relacionadas con ciertas costumbres y valores que se reflejan también en la política: las múltiples subdivisiones gubernamentales y un sistema lleno de restricciones, que parece evidente, pero raras veces se hace explícito. Incluso la segregación racial es debida mucho más a factores culturales y sociales que a la pobreza.

Siguiendo en esta línea, es también de gran interés el auge alcanzado por las construcciones relacionadas con las diferentes formas de recreo: natación, equitación, vela, etc. Estas realizaciones entran dentro del análisis que hace Stea del «paisaje invisible», análisis que se preocupa mucho del tiempo libre y su relación con el concepto de ocio, concepto que depende del estilo de vida y la imagen que cada cultura tiene del buen vivir. El mismo concepto de ciudad construida en torno al trabajo es un claro ejemplo del impacto de los valores socio-culturales. Otro ejemplo de este tipo es el gran número de complejos que se construyen a la orilla del agua, especialmente alrededor de lagos artificiales (por ejemplo, las urbanizaciones en serie que está construyendo Perine en Gary, Indiana, en Cleveland, en Chicago, en Kansas City, en San Francisco y en Virginia, cerca de Washington D.C.). La gente acepta de buena gana el tener que conducir una hora extra, o más, con tal de vivir en estos lugares, en los que el uso ocioso del agua puede ser mucho más simbólico que real, posiblemente un símbolo de bienestar y de «haber llegado». Esto también puede estar relacionado con la tesis de J. B. Jackson según la cual en los Estados Unidos la imagen de la vida saludable ha sido una de las principales motivaciones históricas de la organización del paisaje urbano y natural. Otros afirman igualmente que el sol, el deporte y la salud se han convertido en una «nueva religión», capaz de determinar la orientación y disposición de casas y ciudades, de forma similar a las orientaciones cósmicas del pasado.

Y al llegar aquí es necesario señalar un punto importante, aunque no podamos desarrollarlo debidamente. A pesar de que he insistido mucho en los cambios y el carácter relativo de lo cultural, de todo lo expuesto se deduce también la existencia de constantes. No sólo hay evidencia de símbolos que han demostrado una notable persistencia durante largos períodos de tiempo, sino, además, de la constancia de las motivaciones, ya que no de las formas, como ha quedado claramente de manifiesto a lo largo de mi expo-





sición. Por otra parte, hay pruebas tanto de variables como de constantes a nivel del hombre como organismo vivo, al nivel de la percepción y al nivel del comportamiento. Y existe también el hecho, experimentado personalmente por la mayoría de nosotros, de objetos —sean obras de arte, edificios o ciudades— que retienen su validez mucho después de haber desaparecido la base cultural de origen, probablemente debido a su baja «criticidad». Yo he vivido en edificios muy viejos y en ciudades pertenecientes a culturas muy diversas, y frecuentemente las encontré más satisfactorias —no sólo perceptivamente sino también en otros sentidos— que la mía propia, cosa que es una experiencia relativamente común. Desde luego es cierto que este tipo de constancia es más importante en unos niveles que en otros. Hay pocas dudas de que las metrópolis o megalópolis constituyen una nueva forma de asentamiento humano —un acontecimiento poco común en la historia humana—, que, según Blumenfeld, es seguramente la primera novedad importante en 5.000 años. Sin embargo, dentro de las metrópolis hay zonas a escala más pequeña: calles, espacios de uso público, zonas comerciales, áreas residenciales; y dentro de esas zonas los cambios producidos son mucho menores, de forma que los aspectos constantes pueden ser más importantes de lo que la gente cree. Si nos movemos a esa escala, nos encontraremos, como ha señalado Mumford, con que la ciudad ha cambiado muy poco desde el año 2.000 a. d. J.C., cuando todos sus órganos físicos estaban ya presentes. Hay similitudes extraordinarias en formas de organización del espacio urbano separadas por muchos miles de años y muchas millas de distancia. Hay también constantes en los modelos de comportamiento; por ejemplo, la tendencia de los grupos de ascendencia común a asentarse en áreas contiguas parece darse en las ciudades a lo largo de toda la historia. Este es un aspecto muy importante del desarrollo de buen número de países actuales y constituye un factor esencial del plan elaborado por Richard Meier para la futura Megalópolis india.

Puesto que, indudablemente, se presentan problemas nuevos y nuevas formas de hacer las cosas, ¿qué nos dice esta amplia exploración sobre planificación y diseño? Al menos nos da una visión mucho más rica de lo que es el entorno construido, de cómo lo ve, lo crea y lo usa el pueblo. El diseño, aparte de ser un plan de organización del espacio, es también predicción. Todo proyecto es la predicción de una cierta relación entre el hombre y su entorno. George Kelly afirma, en su *Personal Construct Theory*, que el hombre actúa generalmente como un organismo que predice y utiliza los esquemas con ese fin. Ahora bien, si proyectistas y usuarios del entorno actúan prediciendo, necesitamos poner a prueba nuestras predicciones. Para ello es preciso conocer no sólo los objetivos explícitos de nuestros proyectos sino también los esquemas de los usuarios. Este es precisamente el tema que he venido tratando. Para evaluar la calidad de un diseño necesitamos saber qué es un «buen entorno» en una situación dada, los tipos de espacios y sus relaciones con las imágenes y los esquemas, los procedimientos culturalmente aceptables destinados a lograr una transición, las fronteras y definiciones de los distintos dominios, el grado de complejidad del entorno para los distintos tipos de personas, las clases de movimientos, etc.

Todo esto indica el método de aproximación que, a mi entender, deben adoptar proyectistas y diseñadores. Éstos han de preguntarse por qué y en qué forma se organiza el espacio a diferentes escalas. Sólo así tendrán una idea clara de lo que hay que hacer. Una aproximación de este tipo permite casi siempre explicar modelos y deseos que de otra forma tienen aparentemente poco sentido, y puede contribuir a clarificar la relación entre imágenes, necesidades simbólicas, organiza-

ción social, constantes y variables, por un lado, y las formas físicas del entorno por otro. Sólo después de haber llegado a este punto podemos proceder a elaborar una estrategia que nos permita alcanzar las deseadas formas de organización.

De momento, esta aproximación no es operativa. Resulta útil como herramienta analítica y como fuente de ideas claras. Cómo usarla en la práctica es un problema que aún no se ha resuelto. Incluso puede darse el caso de que uno sea tan consciente de la complejidad de las interacciones y de la abundancia de problemas que el diseño se convierta en un imposible. El proyectista se siente incapaz de tomar una decisión. Sin embargo las recompensas potenciales son proporcionalmente grandes; a menos que formulemos las preguntas correctas —y creo que las que he venido planteando lo son—, nunca obtendremos las respuestas correctas.

A. R.